

Complemento de todas aquellas bajezas, de todas aquellas iniquidades que con nosotros se cometieron, fué la aparición de un individuo vestido de charro quien fingiéndose ebrio, cuando nosotros pensamos entró como una tromba y nos bañó de palabras que eran todavía más sucias que la inmunda letrina que allí se encontraba, yéndose a sentar en uno de los rincones de la asquerosa zahurda donde siguió vociferando de la manera más soez. Ante la actitud de aquel matón que la perfidia de Barrón, de Escotría y de Kerlegan mandó allí tal vez para asesinarlos o comprometerlos en un larguísimo proceso, Sarabia se indignó y trató de acallarlos, pero recibió como respuesta una patada en el pecho que lo hizo caer de espaldas en las inmundas heces allí depositadas. Ver caer a Sarabia y echar mano el charro de la pistola que portaba fué obra de un segundo, pero todos los allí reunidos nos arrojamos sobre él logrando desarmarlo y en el forcejeo fué a dar la pistola con Juan Sarabia y el puñal con Heliodoro Gómez. Sarabia quería pegarle con la pistola, pero yo le hice ver que si lo ha-

cía nos comprometíamos más. El charro al verse desarmado se amedrentó y perdió los bríos de que antes hizo gala, como todo cobarde al ver cierto peligro en su contra. Tras de mucho llamar golpeando la puerta se presentaron los carceleros y al darles cuenta de lo sucedido y entregarles la pistola y el puñal, se concretaron a llamarlo para que saliera. Rosalío Bustamante les reclamó diciéndoles: ¿Cómo es posible que después de habernos quitado hasta las cosas más minuciosas que traíamos, ustedes han permitido que éntre este individuo con una pistola cargada y puñal? A esto contestaron con una burlesca carcajada.

“Al día siguiente sin permitir que tomáramos ningún alimento, sin haber dormido en toda la noche, sin que se procurara la más elemental atención a mi herida, fuimos llevados en dobles filas de soldados a la Penitenciaría del Estado y allí alojados en una galera que por su completa oscuridad se le llamaba “El Cajón”, habiendo sido conducidos el mismo día al referido lugar, el ingeniero Camilo Arriaga y el profesor Librado Rivera. Allí en fraternal camaradería volvimos a reunirnos y fuimos mutuamente comunicándonos nuestras impresiones, y en medio de aquellas dolorosas remembranzas y pensando en la necesidad de que estos acontecimientos no pasaran desapercibidos, sino que por el contrario debía conocerlos la nación entera, sugerí a Juan Sarabia la conveniencia de redactar un manifiesto contando naturalmente con la aquiescencia y la aprobación de todos. Aprobada que fué esta sugerión pusimos manos a la obra y allí, faltos de luz y de los más necesarios elementos, mediante la adquisición con el carcelero a precio fabuloso, de papel de envoltura, lápiz y una vela, fué posible redactar el manifiesto a la Nación, que sirvió para que su pensamiento, su intención y su voluntad franquearan las puertas de la prisión y fuera a esparcirse por todos los ámbitos de la república. Y en la imprenta de Jacobo Vélez se imprimió el manifiesto que el Club Liberal “Ponciano Arriaga” lanzó dando cuenta a todos los clubes diseminados en la república, con las vejaciones sufridas pero llevando en alto, muy en alto la antorcha de su pensamiento y muy arriba el blanco penacho de su conciencia immaculada.

“La noche del segundo día de estar prisioneros nos hicieron un simulacro de fusilamiento, con el objeto de obtener declaraciones que mutuamente nos inculparan y que sirvieran para abrirnos a cada uno un nuevo proceso, que justificara, hasta donde ellos deseaban, los procedimientos seguidos. Precipitadamente llegó el secretario del Juzgado de Distrito diz que a suspender la ejecución.

“A los tres días de estar encarcelado me pusieron en libertad, dirigiéndome al consultorio del doctor Arturo Méndez para que me hiciera una minuciosa curación. La noche del mismo día me volvieron a aprehender por orden del gobernador, conduciéndome otra vez a un separo de la misma penitenciaría, habiendo permanecido en él veintidós días, decomisándome un expendio de calzado americano que tenía en los bajos de la casa del señor Antonio Reyes, que se llamaba “La Bola de Oro”, dejándome con estos inicuos procedimientos en la miseria, puesto que era mi único patrimonio.

Más tarde en México me volvieron a aprehender, llevándome a los separos de Belén, durando allí seis meses sin instruirme ningún proceso, sabiendo por uno de los carceleros que algunos de mis compañeros se encontraban también en la misma cárcel.

“Fuí sacado en camilla por mi debilidad y delicado estado de salud que me impedían caminar.

“Los órganos periodísticos al servicio del dictador: “El Imparcial”, “El Popular” y “Mexican Herald”, estamparon en sus columnas todos los improperios y todos los insultos que pueden decirse en letras de molde; y aquella saña del gobierno porfirista puesta de manifiesto en sus periódicos, sirvió para encender todavía más los anhelos de libertad existentes en todos los mexicanos, y si algunos quedaban tibios por miedo o por decidia, las frases que leían en los órganos mencionados acabaron con sus actitudes medrosas e indiferentes y secundaron la obra iniciada, haciendo que los principios de los liberales formaran ya una amplia conciencia nacional.

“Los perseguidos sufrieron y eso es todo. Esas amarguras, esos dolores, esa sangre derramada seguramente no les pesa; fué ofrenda romántica de soñadores llevada por la pureza de su intención, y con el corazón y con el cerebro se pusieron a los pies del altar de la Patria, donde arde todavía la lámpara votiva que encendieron sus años mozos, como la constante demostración de lo que anhelaron para la tierra que los vió nacer”.

Así termina el superviviente Carlos Uranga su narración sobre el histórico asalto al Club Liberal “Ponciano Arriaga” el 24 de enero de 1902. Al principio de ella expresa: “Por primera vez en el decurso de los años transcurridos de 1900 al presente, me propongo de una manera precisa, hablar del verdadero principio de la revolución en la etapa del gobierno del general Porfirio Díaz. El propósito que me guía no es de una crítica acerva, ni tampoco querer preponderar lo que en periódicos y libros muchas veces se ha escrito aunque de una manera equivocada, pero seguramente con una noble intención. Es únicamente recordar los cruentos sacrificios de aquel grupo de connotados liberales que con una fe inquebrantable desafiaron a la férrea dictadura para conquistar todas las libertades de que hoy disfrutamos. La índole de mi intención es sentar puntos de indiscutible verdad histórica, que servirán a los historiadores de hoy, a las generaciones de mañana, para conocer en su exacta realidad cómo se sucedieron los actos gestatorios del movimiento social revolucionario de México, así como para fijar la fecha exacta de la iniciación del movimiento a que me refiero. Es para hacer justicia y honrar la memoria de los que ofrendaron en aras del bien colectivo su tranquilidad, sus afectos, su bienestar personal, sus intereses materiales y lo que es más, el holocausto de su propia vida”.

* * *

Esa fué la primera época del Club “Ponciano Arriaga” que aparentemente quedó disuelto, ya que una parte de su directiva languidecía entre los muros del presidio y la otra se encontraba en el destierro, esperando mejores tiempos para reunirse y reorganizar la agrupación, cosa que consiguieron hasta principios de 1903 en México, uniéndoseles otros valiosos elementos entre los

que figuraban Santiago de la Hoz, Ricardo y Enrique Flores Magón, Jesús Martínez Carrión, Manuel Sarabia, Néstor González, Alfonso Cravioto, Santiago R. de la Vega, Federico Pérez Fernández, Luis Jaso y otros, habiendo constituido la directiva en la siguiente forma: presidente, Ing. Camilo Arriaga; primer secretario, Juan Sarabia; segundo secretario, Santiago de la Hoz; tercer secretario, Enrique Flores Magón.

En esos días las actividades del Club fueron inusitadas y tuvieron trascendental importancia, pues bajo su égida se publicaban los formidables periódicos opositoristas: "El Hijo del Ahuizote", "Excelsior" y "Regeneración", que dirigían, respectivamente, Juan Sarabia, Santiago de la Hoz y Ricardo Flores Magón; colaborando en dichas publicaciones otros miembros del homogéneo grupo.

Naturalmente esa labor de oposicionismo contundente y de eficaz propaganda desazonó a la dictadura que, valiéndose de recursos atentatorios a su alcance, logró aherrar en la sombría cárcel de Belén a gran parte de los componentes del Club. Una vez en libertad y comprendiendo que en México les sería imposible la propaganda de sus ideas, optaron algunos de ellos por emigrar a los Estados Unidos, cosa que hicieron a principios de 1904, dirigiéndose a Laredo, Texas, donde procedieron a la reorganización del Club "Ponciano Arriaga", así como a publicar el periódico "Regeneración".

En Estados Unidos no estuvieron a salvo de persecuciones y encarcelamientos; el servicio de espionaje puesto a favor de los intereses del gobierno de México los perseguía sin tregua y hasta se llegó a poner precio a las cabezas de los infatigables luchadores que allá, en el destierro, estaban esparciendo la simiente de la libertad del pueblo mexicano y minando los cimientos de la dictadura.

A fines del propio año de 1904, tuvieron que abandonar los Estados Unidos Juan Sarabia y Ricardo Flores Magón, dirigiéndose a Canadá, acosados por la tenaz persecución que se les hacía, quedando el resto del grupo en Saint Louis Missouri. Deses-

perados por tanta persecución y tanta injusticia, y considerando que la situación del pueblo mexicano era cada vez más amarga por su esclavitud y su ignorancia, dieron a sus trabajos un carácter de franca acción revolucionaria; y de aquí que fundaran la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano en St. Louis Missouri, Junta que logró establecer en toda la extensión de la República Mexicana centros revolucionarios dispuestos a ir a las armas en la fecha señalada por la propia Junta en el mes de octubre de 1906, secundando el movimiento que debía estallar en Ciudad Juárez. Debido a una traición fué descubierto el plan revolucionario y aprehendidos muchos de los comprometidos en distintas partes del país, entre ellos Juan Sarabia en Ciudad Juárez, efectuándose solamente los levantamientos de Acayucan, en Veracruz y de Jiménez, en Coahuila.

El movimiento que debía estallar en Ciudad Juárez se frustró por la traición de dos oficiales del 18º Batallón: Adolfo Jiménez Castro y Zeferino Reyes, quienes habían hecho creer a Juan Sarabia que las fuerzas del aludido batallón se unirían al movimiento, y lo que hicieron aquellos oficiales fué entregar a los revolucionarios a las autoridades de Ciudad Juárez de donde se les remitió a Chihuahua para ser después enviados Juan Sarabia, César Canales, Elfego Lugo y otros capturados en aquella región, a la fortaleza de Ulúa.

Como se ha visto fué en el Club "Ponciano Arriaga" donde se incubó la revolución contra la dictadura del general Porfirio Díaz; su influencia es innegable en las luchas políticas y sociales del pueblo mexicano. Y es por esto que no debe olvidarse la actuación importantísima en nuestra historia revolucionaria, desde las postimerías del siglo pasado, desarrollada por la memorable agrupación.